

PRELUDIO

## Esa sombra en tus jardines

Otoño de 1585

**L**A JOVEN DE LARGO VESTIDO NEGRO MIRÓ A TRAVÉS DEL ventanuco el rojizo resplandor que encendía el amanecer en las nubes y permaneció en silencio, con expresión serena. Por detrás, un goteo incesante de sangre caía y repiqueteaba derramándose sobre la escalera.

El vestíbulo de aquella mansión estaba revuelto, como también lo estaba el desván en donde yacía el cuerpo del duque, tendido con una mueca rígida sobre el mármol de la escalera. Como el árbol que se seca en el día de los muertos, su brazo inerte pendía con cierta gracia sobre los escalones; en él, una herida a la altura del codo drenaba hilos de sangre que goteaban hasta sus dedos y de ahí al mármol.

La muchacha apartó por fin su mirada del cielo rojizo y se fijó en aquel reguero de sangre que corría trazando caminos sinuosos por los escalones. Quedó absorta contemplando ese cauce tibio hasta que este encharcó las losas del rellano de la planta baja, donde se abría una sala decorada con frisos y columnas dóricas. En una de las paredes había un espejo y, al fondo de aquella estancia, un ventanal con barrotes que daba sus vistas al jardín.

Aferrada a la balaustrada, descendió muy lenta por las escaleras esquivando con cuidado el cuerpo tendido en ellas y alcanzó

la planta baja. Una vez allí, se dirigió al ventanal y, apoyando sus dedos en el vitral, observó hacia el exterior: los jardines amanecían tapizados por un sinfín de hojas caídas por el paso del otoño, de un rojo carmín muy intenso, como ardientes.

Se entretuvo en esta contemplación otro largo rato y después se giró. Consciente de que el cuerpo del duque comenzaba a acusar los efectos del *rigor mortis*, asió la falda de su vestido negro y caminó hasta detenerse ante el óvalo de alpaca viva que era el espejo. Su mirada se tornó fría al hallarse a sí misma en el reflejo, con el rostro y la piel blanquecina de su escote cubiertos por salpicaduras de sangre, al igual que sus largos brazos desnudos, y también los dedos de sus manos.

Suspiró, y su aliento se convirtió en una nubecilla helada que permaneció un instante suspendida en el aire. Esa mansión veneciana ya no atesoraba nada que pudiera interesarle. Entonces aquella muchacha de cabellos rojizos, como presa de una repentina decisión, caminó descalza sobre el charco de sangre y sopló el candelabro de bronce, extinguiendo la llama que alumbraba la estancia, para luego marcharse.

Sobre el cuerpo sin vida del duque cayeron las tinieblas mientras las velas recién apagadas expulsaban su vaho de humo en la oscuridad.

**1604**

PRIMERA PARTE

## La visitación

\*

**C**ORRÍA EL MES DE AGOSTO DE 1604. EN LA SALA CAPITULAR del castillo de Čachtice, en el reino de Hungría, todo estaba dispuesto para la reunión que en breve daría comienzo. El capitán veneciano Pier Ugo Mameli mantenía su mirada fija en la ventana, con sus labios firmemente sellados, mientras observaba aquel paisaje que tan extraño llegaba a sus ojos y que parecía arder con las llamas del atardecer.

El castillo se situaba en una cumbre a cuyos pies se abría un valle de agricultores eslovacos, de donde la bruma trepaba deseosa de alcanzar sus murallas pero no lo lograba, pues sus torres permanecían altivas y, desde su interior, la vista, no empañada por la niebla, era magnífica. Pese a ello, no era lo que sucedía en el exterior de la fortaleza lo que había llamado la atención de Mameli. El capitán había llegado al castillo en el transcurso de ese mismo día, durante la mañana, y en cuanto atravesó el portal de entrada fue escoltado a través de un entramado de pasadizos y logias aparentemente laberínticas. Sin embargo, durante ese recorrido consiguió distinguir fugazmente al fondo de un pasillo lo que en apariencia era un patio abandonado, enclavado en el que supuso que debía ser el centro de la edificación. La piedra de sus muros, apenas percibidos en un efímero instante, parecía manchada de oscuras salpicaduras

y sus baldosas se mostraban sucias, escabrosas, recorridas por regueros de lo que le parecieron lágrimas negras. Una ráfaga de aire recorrió entonces el pasillo y llegó hasta donde él se encontraba, trayéndole desde aquel patio un hedor nauseabundo, que los soldados que estaban junto a él no parecieron percibir. Ellos ni siquiera se detuvieron y prosiguieron su paso monótono, escoltándolo. Mameli comprendió que debía seguir caminando. No se atrevió a preguntar y tampoco nadie se mostró interesado en hablar de todo aquello.

El capitán, sin cambiar de postura, bajó la mirada apartando la vista del enrejado y las cumbres nevadas que tras él se abrían al valle y entornó los ojos, intentando buscar en aquel patio interior que, semioculto, apenas se distinguía desde la altura de la torre en la que estaban. En vano procuraba captar algún detalle cuando la puerta de madera se abrió, al tiempo que las últimas luces de la tarde luchaban por no apagarse, para dejar paso a los señores del castillo, serios y rodeados de sirvientes.

—Bienhallado seáis en este país —habló la condesa sin que la gélida expresión de su rostro se viera alterada en lo más mínimo.

Mameli se inclinó ante la dama y agitando airoso su capa trazó una reverencia, mientras estiraba su brazo, atento al recibir su mano. Cuando besó su anillo, se percató de que estaba helado.

Detrás de la mujer un hombre de barba y bigote rubio, con ojos muy pequeños que brillaban en lo profundo de su cara, se cuadró y con un breve gesto de su cabeza lo saludó. Lucía un uniforme militar y condecoraciones de distintas órdenes en su pecho. El caballero permaneció en silencio mientras la condesa Elizabeth Báthory de Ecsed tomaba asiento. Solo después de que ella lo hubiera hecho, lo hizo él, su primo Andreas, conde en Transilvania. El silencio cubrió el lugar mientras ambos estudiaban detalladamente y con tesón las facciones del italiano, sin

importarle el derroche de tiempo ni lo desabrido de sus maneras. Mientras soportaba aquel cruel escrutinio, Mameli recordó lo que había oído decir sobre esa condesa: ella había mandado romper todos los espejos de aquel castillo para evitar ver su reflejo en las paredes. Al parecer, Elizabeth Báthory se sentía acosada por el paso del tiempo, aunque su piel nívea y lozana a pesar de haber entrado en los cuarenta irradiaba una juventud que, a Mameli, no dejaba de sorprenderle.

Su aspecto tenía algo de macabro e irreal y Mameli comprendió que todos los rumores que habían llegado hasta él debían tener en esa extraña apariencia su fundamento. Las voces en aquella comarca la acusaban de ser una bestia, una asesina de mujeres con un apetito por lo macabro que parecía no tener límites. Las habladoras corrían por los valles húngaros y también más allá, y la culpaban de la desaparición de más medio millar de jóvenes mujeres de los poblados cercanos. Sin embargo la condesa Báthory se mantenía impune, protegida por sus títulos y también por ser esposa del mercenario más temido del reino: Ferenc Nádasdy, el Caballero Negro de Hungría.

—¿Habéis traído la recomendación? —preguntó ella de pronto.

Mameli metió la mano entre uno de los pliegues interiores de su capa y extrajo de un bolsillo oculto el pergamino rubricado por el duque de Treviso, que era alguacil de puertos y mano derecha del todopoderoso dux de Venecia, Marino Grimani.

—Servíos —dijo, y se lo ofreció.

No fue ella quien tomó el pergamino, sino su primo. Se acrecentó el silencio mientras Andreas Báthory comprobaba la autenticidad de los sellos y leía con detalle la larga lista de los viajes realizados por el capitán Mameli al servicio de la Serenísima República de Venecia. Entretanto, inmersa en sus pensamientos, la condesa mantenía sus ojos clavados en él, como estudiándolo.

—Sois el hombre indicado —constató al fin Andreas Báthory plegando el documento.

A continuación hizo una apenas perceptible señal a sus sirvientes que bastó para que estos comenzaran a montar un bastidor sobre el que desplegaron una cartografía del tamaño de un lienzo mediano.

—No será esta una comisión sencilla, capitán. Impondré un pliego de condiciones —afirmó el conde mientras se acercaba al bastidor.

—Escucho —respondió Mameli.

El conde tomó un puntero de madera y comenzó a señalar al tiempo que iniciaba su explicación:

—El asunto recae en la búsqueda y recuperación de un objeto que pertenece a mi familia, un arcón —precisó— que yace oculto en el desierto de Gobi, en las tierras de Mongolia. —El conde apoyó su dedo enjoyado sobre un punto en el mapa—. Es aquí donde debéis recogerlo, y luego deberéis hacer el viaje de regreso para traerlo a este castillo con máxima discreción.

—No os preocupéis. Sé evitar fisgones e inspecciones de la aduana.

Báthory acarició su bigote y le escrutó con fijeza.

—Debéis transportarlo por mar evitando tocar tierras de Europa del Este. Sobre todo habéis de intentar por todos los medios no acercaros a la franja prohibida, que se extiende desde el Ducado de Lituania hasta los Cárpatos, donde mantienen sus enclaves los voivodatos cristianos de Transilvania, Moldavia y Valaquia.

—No será un problema. Vuestra mercancía no tocará tierra sino hasta las costas seguras del reino de Hungría.

—Perfecto.

Mameli volvió su atención en el mapa y se concentró en su estudio. Al cabo de un rato suspiró y, volviendo su mirada sobre el conde, añadió con cautela:

—Serán tres meses.

—Es demasiado tiempo —respondió el conde.

El capitán argumentó:

—Antes es imposible, y quien le prometa conseguirlo en un plazo inferior mentirá. —Mameli señaló su sien con el índice—. Aquí lo tengo todo: el lejano oriente y las rutas de Levante. Conozco Ultramar y los arrecifes de la piratería. Vos, noble señor, solicitasteis al mejor mercader y aquí lo tenéis, y sois afortunado por acceder a la certeza de mi buen juicio: en noventa días tendréis el arcón en esta sala. Ni un día más. Doy mi palabra de honor de que así sucederá.

—Entonces el trato está cerrado —fue la condesa Báthory quien intercedió.

—Aún no he mencionado mis honorarios —señaló Mameli.

—¿Vuestros honorarios? ¿Cuánto pedís? —inquirió ella.

El capitán quedó en silencio mirando los ojos de la condesa, que quemaban y parecían querer beber de sus labios. De sus ropas extrajo el compás de navegación y sobre la cartografía midió las distancias. Cada palmo en aquel mapa se traducía en miles de leguas y una ristra de peligros; el desierto de Gobi parecía estar en medio de un continente de proporciones inagotables.

Rápidamente calculó, recordó las tasas de puertos y derechos de portazgos, el estipendio de marineros y el costo operativo de su nave, repasó las rutas seguras y costosas y descartó aquellas remotas y peligrosas, sopesó en qué puertos lo esperaban por antiguas deudas y en cuáles no. Y tuvo en cuenta también que estaba ahora en Hungría y que la dama que lo observaba con atención era tan poderosa que podía enviarlo a un pozo húmedo esa misma tarde sin derecho a réplica.

Mameli se volvió firmemente determinado y sus ojos negros se clavaron en los de la condesa.

—El servicio costará cuarenta sueldos venecianos —habló al fin, con un brillo de codicia en sus pupilas.

—¿Cuarenta sueldos? ¿Ese es vuestro coste final?

Mameli asintió decidido a no rebajar una moneda.

—Os pagaré cuatrocientos sueldos por vuestro trabajo —ofreció ella y, tras sonreír con aquellos labios suyos, tan rojos, lo contempló con detenimiento—. Solo debéis cumplir vuestra palabra y traer el arcón en tiempo y forma.

El rostro de Mameli se paralizó al escuchar esa oferta y recordó que Elizabeth Báthory era dueña de una de las fortunas más grandes en Hungría. Apenas pudo asentir:

—Acepto amablemente vuestra generosa paga y os doy mi palabra, noble señora, de que traeré vuestro arcón en noventa días.

En ese instante irrumpieron en la sala los letrados de los condes. Traían documentos y compromisos que entregaron a Mameli después de que el conde lacrara y asentara su rúbrica en los pergaminos. Luego, el tesorero y sus asistentes aparecieron con siete sacos que posaron sobre la escribanía: contenían un total de setecientas monedas de oro.

—Vuestro adelanto —ofreció el noble—. Aquí tenéis una cédula y también estas letras del reino de Hungría que garantizarán el resto acordado tras la entrega.

Mameli comprobó las letras y comprendió que del pago acordado una mitad se efectuaría en metálico y la otra en pagarés.

—La cédula rubrica mi autorización, dándoos poderes plenipotenciarios como apoderado de la casa Báthory para esta empresa. La presentaréis a quienes lo requieran durante la travesía —continuó explicando Báthory mientras los ojos de Mameli se movían rápidos sobre el pergamino abierto en dos—. Contactaréis con un anticuario ruso muy hábil en el mar Negro que os guiará con seguridad y presteza por los caminos de la ruta de la seda hasta el desierto y os acompañará también en el viaje de regreso. Así mismo, debéis visitar a un individuo que será nuestro contacto en el reino de Dinamarca y, de regreso, le informaréis de

vuestro paso para que así sepamos que el viaje transcurre sin contratiempos.

Mameli asintió, tomó los documentos y miró a la condesa, que ahora lo buscaba con los ojos.

—Podéis quedaros unos días en este castillo para descansar —propuso ella.

—Lo siento, señora condesa, si quiero cumplir los plazos debo partir inmediatamente.

—Insisto —susurró con sus labios brillantes y entreabiertos.

Mameli la observó con detenimiento. Después, sin pronunciar palabra, tomó del escritorio cada uno de los siete sacos de monedas y los ató a su cinturón, finalmente cerró su capa sobre sus hombros para cubrir su torso y la preciada carga y sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—Si insistís, pasaré con gusto esta noche y un día más en el castillo y partiré al amanecer del siguiente.

La condesa se incorporó con una sonrisa. Parecía complacida. La piel de su cuello estaba adornada por un collar en cuyo centro lucía una piedra muy brillante, un zafiro. El capitán apartó la vista de la gema y, también, de los contornos de su escote. Acercándose de nuevo a ella, volvió a besar su anillo antes de retirarse.

## Una noche en el castillo

\*

FUE ALOJADO EN UNA TORRE DONDE DISPONÍA DE UNA PEQUEÑA habitación con vistas al barranco. Mameli, que llevaba ya unas cuantas horas en ella, se acercó a la chimenea para echar nuevos leños. Después se giró, muy despacio, y puso toda su atención en el lecho. Durante el transcurso de aquella tarde, mientras era llevado al que sería su dormitorio, había cruzado miradas con una sierva muy bella que, como más tarde averiguaría, respondía al nombre de Svetlana. Ahora esta yacía desnuda y recostada sobre la cama.

Sus piernas eran largas y bien torneadas, sus nalgas pequeñas y firmes, y únicamente adornaba su desnudez con una cadena de monedas de plata engarzadas que proporcionaban delicados reflejos sobre la piel de su cintura.

Mameli se quitó la camisa y, recostándose a su lado, besó su boca con ardor para a continuación pasar su lengua por aquellos pechos blancuzcos y descender hasta lamer su ombligo. La muchacha cerró los ojos llevada por el éxtasis. Sabía mover su delgado cuerpo para regalar placer y así lo hizo. Abrió las piernas y se entregó, con un jadeo silencioso, a los antojos nocturnos del mercader.

Ya en la madrugada ambos seguían en el lecho y Mameli acariciaba sus muslos. El idioma era un obstáculo que parecía insignificante, bastaban señas y caricias y algunas palabras afines para darse a entender. La eslovaca, al parecer, comprendía todo lo que él le indicaba y había logrado aprender, quién sabe dónde, algunas frases sueltas en italiano. Tomó a Mameli por los cabellos y besó sus labios con fruición, enredando sus piernas en las suyas. Fue entonces cuando se atrevió a pedirle que la llevara lejos, muy lejos, indicó señalando la ventana y más allá de las cumbres nevadas que desde ella se divisaban. Esas tierras en las que había crecido, supo interpretar Mameli, eran peligrosas, y también lo era aquel castillo, como le hizo entender señalando sus paredes. Quería marchar lejos, a la mayor distancia posible de la comarca y de sus amos.

Después bajó del lecho, se postró a sus pies como un perrillo y juró atenderlo en todo en cuanto una mujer debía. Se expresó mediante gestos para explicarle que estaba dispuesta a cocinar para él, a servirle y a darle hijos, el número que deseara. Juró que no causaría problemas y que aprendería a hablar mucho mejor su idioma.

Sus ojos brillaron de angustia cuando Mameli la tomó por el mentón y volvió a besarla con dulzura pero sin aceptar su ofrecimiento. Él nunca llegaría a saber que la muchacha provenía de Častkovce, una aldea cercana, y de allí había sido raptada de su familia de pastores cuando tenía solo doce años. Ahora, con veinte, Svetlana pasaba sus días recluida en los claustros al servicio de sus captores, los Báthory.

Quizá movido por la culpabilidad, el capitán se levantó del lecho y rebuscó entre su equipaje, después volvió junto a ella y le ofreció diez monedas de oro que colocó una a una sobre su abdomen ante el resplandor de las velas. Era más dinero del que la joven podía soñar en toda su vida, pero no obstante ella negó e, incorporándose y poniéndose de rodillas sobre las sábanas, volvió

a gesticular para hacerle entender de una vez que no buscaba dinero, solo que la llevase con él, muy lejos de esa fortaleza.

Svetlana estaba ilusionada por haber descubierto a Mameli en su castillo, y no solo porque este fuera un hombre apuesto. Más allá de la apariencia lo atrapaba otra cosa, la atención que él le prestaba. La escuchaba y acariciaba como nadie lo había hecho jamás, y ni siquiera la había golpeado y tampoco vejado.

Ella le hablaba, pero su conocimiento del idioma de él le hacía imposible expresar todo cuanto quería. Aun así, explicó con espanto que la condesa Báthory sucumbía ante un malsano placer que saciaba a diario cometiendo atrocidades que no era capaz de mencionar. Las siervas eran violadas y sometidas a tortura y luego desaparecían del castillo, sin dejar rastros, como otras tantas niñas de los poblados lindantes. Confesó casi al borde del llanto que ella misma también sufría abusos y era sometida a prácticas sexuales aberrantes, y concluyó afirmando que, si seguía en el castillo, la condesa también lo usaría a él para sus oscuros fines. De pronto se abalanzó de nuevo a sus pies y, mirándolo a los ojos, susurró en algo parecido al italiano: «Ellos no pueden tocarlo».

Después respiró agitada y tomando la mano de Mameli la llevó por encima de su pecho hasta su corazón. Latía frenético, por angustia, por expectación.

—No me abandones —suplicó, y no fue tan fuerte como para sonreír a pesar de que lo intentó.

Él la abrazó, procuró calmarla con besos y caricias y más tarde, cuando ella dormía abrazada a él, permaneció despierto tratando de descifrar sin conseguirlo todo lo que le había intentado contar con señas y palabras de su lengua o la de él.

Finalmente, después de acariciarla con delicadeza, Mameli se levantó para soplar las velas y quedar a oscuras antes de regresar al lecho. Hundió su cabeza en la almohada y meditó: podía intentar comprar a Svetlana y llevarla a Venecia. O ayudarla a escapar

para recogerla luego en secreto en el poblado más cercano al casti-  
llo... Se abrazó a la joven tomándola por la cintura, y se entregó  
al sueño.

Aún disponía de tiempo suficiente para pensarlo.

## Espejos rotos en el castillo

\*

A LA MAÑANA SIGUIENTE MAMELI SE LEVANTÓ Y COMPROBÓ que Svetlana ya no estaba junto a él, por lo que tras vestirse se dispuso a explorar el castillo, si bien solo alcanzó a inspeccionar el vestíbulo y algunos pasadizos.

Era un día gris, cargado de nubes y muy frío y el capitán, extrañado, cayó en la cuenta de que a lo largo de todo su recorrido no había visto movimiento alguno de la servidumbre ni tampoco a los nobles. Parecía como si aquella fortaleza hubiese sido abandonada durante el transcurso de la noche. Solo se escuchaba el sonido de las campanillas de unas cabras que pastaban fuera, a los pies del barranco. Se asomó todo lo que pudo por una tronera y observó que los animales eran vigilados por un hombre muy viejo, de rostro arrugado y dedos torcidos y deformados por el mal de hueso. El rebaño pasó por debajo de la sombra que proyectaba la torre amurallada y el anciano se envaró, espantado, persignándose tres veces golpeó la vara sobre las rocas y ahuyentó a los animales bien lejos hacia el valle, perdiéndose en la bruma.

Mameli salió de la tronera alzando la vista para admirar la torre más alta, allí estaba su habitación. El aspecto deslucido y melancólico provocado por el paso del tiempo recubría la piedra tapizándola como una hiedra. Decidió continuar y, como nadie

le salía al paso impidiéndole acceder a lugar alguno, pasó el resto de la tarde investigando y recorriendo la edificación. Mientras transitaba los pórticos del primer piso se hizo de pronto consciente de su agraciada y feliz realidad: todo aquello no era un sueño; ahora era, como siempre había anhelado, un hombre rico, inmensamente rico. Los sacos de monedas que había ocultado a buen recaudo en su habitación asegurarían su futuro y le permitirían comprar dos o tres barcos, adquirir incluso su propia flota mercante y vivir de rentas, o invertir en sedas, daba lo mismo. Su mente vagaba haciendo planes, construyendo castillos en el aire seducida por la idea de una primera adquisición, la de esa sierva, para liberarla y seguir experimentando aquellas sensaciones que Svetlana le causaba y que tenían que ver con la juventud y la inocencia, con el deseo, tan liviano y etéreo que solo con recordar sus besos y gemidos de la noche anterior sentía que se le cortaba el aliento.

Decidido, Mameli regresó a la habitación de la torre. Nada más entrar sintió el golpe del aire frío en el rostro, como si aquel aposento no hubiese sido utilizado durante años y, ahora, una servidumbre a todas luces ineficaz no hubiera sabido ocuparse de él. Reparó entonces en una de las paredes y, acercándose, pasó sus yemas sobre ella, allí la piedra estaba desnuda y donde la noche anterior colgaba un espejo ahora solo quedaba la marca de su silueta ennegrecida por el tiempo. Alguien lo había quitado de allí en su ausencia.

Alarmado, se fijó entonces en el resto de detalles del cuarto intentando hallar alguna irregularidad más y notó el ventanuco: estaba abierto y por él se colaba el viento helado. Comprendió que alguien había entrado en la habitación en su ausencia. Caminó hasta él y asomó su nariz por entre los barrotes, la noche había caído nuevamente en Hungría y una niebla blanca y gélida subía desde el barranco. Con lentitud, cerró la celosía.

Pasar la noche en un castillo rodeado de bosques ofrecía pocas opciones para un invitado a quien sus anfitriones no parecían sentir ningún deseo de atender. A la luz del candil uno podía leer, pero para ello era preciso tener suerte y saber leer, además de ser capaz de encontrar libros en la biblioteca y comprender la lengua vernácula. Otra opción, sin duda menos placentera, era admirar sin más, bajo el calor de las mantas, las tinieblas que se adueñaban del techo a la espera de que lo venciera a uno el sueño, o bien buscar el cuerpo de una mujer que, desnudo, lo acompañara bajo las mantas.

Mameli suspiró, se abrazó a sí mismo delante del caldero y se frotó, procurándose calor. Tenía claro que esa noche no la dedicaría a leer ni tampoco a mirar la techumbre hasta dormirse. Más bien le atraía la última opción: esperar a la mujer que pronto lo visitaría.

Pero con el pasar las horas la sierva no llegaba. Con mirada estoica el veneciano dudó, sentía que la oscuridad de esa torre en la que estaba le infundía un extraño libertinaje, despertándole un deseo irrefrenable por entregarse a él.

El capitán Pier Ugo Mameli no era ningún erudito, ni siquiera un ávido lector de obras clásicas y mucho menos un conocedor de la lengua húngara. Era simplemente un veneciano sagaz y sin estudios que añoraba ser tan grande como Marco Polo, aunque, a diferencia de él, hasta el momento su máximo descubrimiento no lo había llevado a Oriente, sino a una celda húmeda en la prisión de Venecia. No cabían dudas de que era un navegante virtuoso del mar, también un mercenario del dinero, fuere cual fuere su forma y manera de conseguirlo, y un hombre de acción poco dado a las esperas.

«Ellos no pueden tocarlo», había dicho Svetlana, y ahora esas palabras tañían en sus oídos y lo incitaban a averiguar a qué se refería y, sobre todo, dónde estaba ella.

Torció la vista, admiró el candelabro de cinco brazos que derretía gotas de cera sobre la madera y, llevando la mano hacia él, lo tomó. Salió de la alcoba aguijoneado por una corazonada y se perdió en los pasillos.

Su mente recordaba la visión fugaz y extraña de aquel patio que había vislumbrado durante el día anterior y sintió que debía dar con él. Pero ese castillo ahora parecía ser otro; baldío, ahogado por completo en el silencio y en la oscuridad. Mameli iluminaba sus pasos con el candelabro mientras seguía el recorrido que había memorizado cuando lo escoltaron. Poseía una sorprendente memoria y un exacto sentido de la orientación.

Detuvo sus pasos a los pies de una escalera de caracol y se cercioró de que la galería estuviese vacía, después de lo cual avanzó bajo las columnas y arcadas hasta alcanzar el pasillo central. Se detuvo. Observó las bóvedas y también una nervadura tallada que acababa en una grotesca gárgola de piedra. Siguió su camino procurando no hacer ruido por un fino corredor desolado hasta que encontró, por fin, el pequeño pasadizo que tan bien recordaba y que conducía a un patio interior reservado, al parecer, al uso exclusivo de los señores del castillo.

Tragó saliva al percibir una brisa oscura que emergía del pasadizo con hedor penetrante, como venido de una poza. Alzó el candil iluminando las paredes y, al tiempo que mojaba sus labios, comprobó que estaba solo. Continuó avanzando por aquel pasadizo de techo abombado y de improviso se detuvo al escuchar un ruido. Entonces sopló rápido apagando las velas del candelabro y se protegió escudándose en la oscuridad.

Se trataba de un murmullo tan débil que parecía perderse en aquella mole de piedra. Provenía del patio.

Mameli acarició su barbilla con impaciencia, no deseaba ser visto, pero tampoco volver sin averiguarlo, aquello que sucedía puertas adentro del castillo de Čachtice comenzaba a treparle el pensamiento. De pronto escuchó de nuevo aquel sonido, cerró sus

ojos en la oscuridad y puso toda su atención en desentrañar su origen: eran susurros desvaídos, como de placer carnal, soplados por labios femeninos que parecían arder de lujuria.

Mameli abrió sus ojos y, guiándose con su mano apoyada en el muro, caminó a tientas hasta el final. Justo allí, al final del pasadizo, ahora alumbrado por una débil claridad que provenía del patio, descubrió aquellas manchas resacas en la piedra. Parecían salpicaduras efectuadas por manos trémulas y, sin embargo, daban la impresión de tener un sentido o seguir un orden, como si formaran confusas letras de un mensaje escrito en húngaro.

Quiso intentar descifrarlo cuando el sonido de una cadena y otro gemido lo distrajeron. Esta vez había podido percibirlos con mucha más claridad y casi se sentía dispuesto a asegurar que ahora el ruido provenía de la garganta de otra mujer y no era provocado por el placer, sino por el dolor.

Avanzó un paso más y pudo ver entre la niebla la figura blancuzca y completamente desnuda de una dama que era poseída con arrebatos por tres hombres. Luego de que estos gozaran y se corrieran sobre sus caderas y boca, ella se compuso y abandonó el patio caminando por entre los árboles ralos en dirección a sus aposentos. Manchada estaba su piel por goterones tanto de semen como de sangre; pero ella estaba intacta, la sangre no era suya.

Los tres hombres desnudos se vistieron también y no tardaron en retirarse, sumisos, tras ella. El patio quedó vacío y sobrevino el silencio.

Luego de aguardar un instante movido por la precaución, Mameli asomó la nariz y se atrevió a pisar el claustrofóbico patio de la condesa Báthory. Las nubes se abrieron entonces en el cielo y un rayo de luna cayó sobre el lugar permitiéndole descubrir un aparataje metálico lleno de púas que brillaban feroces en la noche. Pesadas argollas se anclaban a los bloques de los muros y largas cadenas pendían de ellas; muy cerca, una mesa llena de cuchillas, estiletes y hachas llamó la atención del capitán, que avanzó hacia

allí para descubrir con espanto a una mujer con las manos en alto y encadenadas al muro, su cuerpo desplomado yacía casi en el suelo, presa de carlancas y grilletes.

—*Pomôžte mi!* —clamó ella en eslovaco. Su rostro se contrajo por una mueca terrorífica y su cuerpo tembló, bañado en sangre, lacerado y punzado allá donde uno mirase. Era Svetlana, que balbuceaba suplicando cada vez con menos fuerzas y más desesperada.

Mameli llevó la mano a su boca y contuvo la respiración horrorizado. Entendía que ella le estaba pidiendo ayuda, pero se sentía incapaz de moverse, como paralizado por el terror de descubrir que aquellos muros y baldosas estaban salpicados de sangre fresca y, junto a las cuchillas y hojas punzantes había también restos de otros cuerpos, superpuestos unos sobre otros, abandonados como escoria en una informe pila de carne humana.

Volvió en sí y se dirigió hacia Svetlana, cuyo cuerpo yacía acuchillado sin compasión. Apenas susurraba ya mientras un charco de sangre tibia manaba de todas sus heridas encharcando sus pies.

Mameli retrocedió sobre sus pasos, espantado, sosteniendo todavía el candelabro apagado y, comprendiendo que no podía hacer nada por ella, corrió con todas sus fuerzas hasta volver a la torre. Encerrado ya en su alcoba, no pudo apartar de su memoria la mirada de aquella joven presa del terror más absoluto.

\*

Fagocitado por la bruma de las primeras horas del día, el carruaje negro que transportaba a Mameli salió a tiro del castillo de Čachtice nada más amanecer la mañana siguiente. Lentamente fue descendiendo por el camino pedregoso hasta desaparecer en el bosque.

Andreas Báthory retiró su vista del ventanuco y con suavidad cerró el cortinaje. Después se giró para admirar la blanca tez de su prima Elizabeth.

—¿Crees que ella se lo habrá dicho? —preguntó la condesa.

Andreas no respondió, pero su mirada estaba bañada por la desconfianza.